

 escuelas católicas	Departamento de Pastoral	Página 1 de 2
	Cuarta transformación	

Cuidar espacios que propicien experiencias memorables y abrir las puertas al mundo

Desde hace unos años, es común escuchar en las jornadas de orientación académico-profesional afirmar que nuestros alumnos se deben formar para trabajos que están por inventar. En esta misma línea, desde el mundo de la empresa, se percibe, que no se valora solo el expediente académico, sino también, y casi en mayor medida, la capacidad de aprender y emprender, trabajar en equipo y comprometerse, ser honrado y flexible en tiempo-destino... y otras muchas competencias no curriculares, sino vinculadas al carácter. Compartiendo estas dos afirmaciones, la escuela, en particular la católica, debería dar un paso más allá del mundo empresarial, y tratar de cambiar este sistema socio-económico mercantil que percibimos injusto e injustificable, tenemos ante nosotros el reto de educar artesanos de la sociedad del mañana, capaces de comprometerse en la transformación social según los valores del Evangelio. Estas son las razones por las que nuestras escuelas deben ser lo más parecido a un taller donde se estimule la creatividad, el trabajo cooperativo y la exploración, en lugar de lo manufacturado, el trabajo en serie y el aislamiento.

El entramado socio-cultural está tejido de miles de hilos que la escuela transmite para dar, a los miembros más jóvenes de la comunidad educativa, la tradición necesaria desde donde, y con la que, ser artesanos del cambio de época que se presiente venir por el ocaso de esta época de cambios. Esta labor precisa el desarrollo de capacidades como la imaginación que crea nuevas posibilidades desde aprendizajes ya adquiridos, el empoderamiento para crear algo nuevo con las destrezas asimiladas, y el esfuerzo creador que surge de una comunidad que aprende junta.

Con este símil del taller, abordamos la cuarta y última de las transformaciones que hemos ido desarrollando en nuestra revista a lo largo de este curso: la transformación de los espacios. El espacio es una de las categorías que más ha cambiado en nuestra época, abriendo un sinfín de posibilidades de aprendizaje en los diferentes entornos: virtual, local, nacional, internacional,... Sin embargo, hay una constante que permanece al cambio: el tiempo y el espacio siguen siendo condición de posibilidad y límite del conocimiento, pues son el lugar donde se da la experiencia. Nuestras escuelas están llamadas a ofrecer experiencias que favorezcan un aprendizaje significativo y personal en el encuentro con el Otro más allá de lo tangible (el Dios de la propia religión) y con los otros más allá de la comunidad educativa (periferias de nuestra sociedad e incluso de nuestro mundo).

Como seres corpóreos que somos, el encuentro con el Misterio, es facilitado gracias a realidades físicas como el espacio-tiempo, ciertos objetos... que adquieren un valor sagrado en cuanto son mediación entre Dios y el ser humano. Por esta razón, desde los orígenes del cristianismo, el arte ha sido un profundo y eficaz instrumento de transmisión de la fe. Tenemos ante nosotros el reto de transformar el imaginario religioso en nuestros centros. Es urgente realizar un trabajo de adaptación a la sensibilidad de las nuevas generaciones, involucrándolas en la creación y recreación del mismo, pues el arte es el mejor de los vehículos para expresar el mensaje, la vivencia y el sentimiento de lo inefable. Los espacios pueden hablar de Dios y del Evangelio, del diálogo interreligioso entre esas diversas formas de experimentar, celebrar, comprender a Dios, que se dan cita en nuestros centros. En especial, es preciso mimar las capillas, oratorios y salas de interioridad, donde

 escuelas católicas	Departamento de Pastoral	Página 2 de 2
	Cuarta transformación	

se favorece la experiencia personal de encuentro con Dios, así como los tiempos para propiciar dicho encuentro, sea de forma individual o grupal.

Construyamos también en nuestros centros lugares cálidos, donde compartir fe, vida y misión, entre los diferentes miembros de la comunidad educativa, o incluso con los vecinos del barrio-pueblo. Sería bonito cuidar espacios donde sentirse como en el salón de una casa: tomar un café, ver-comentar una película o disfrutar de un partido de fútbol. Muchos colegios poseen la única zona ajardinada o deportiva del barrio o del pueblo; aunque incómodo por el trabajo añadido que aporta (jurídico y de personal), sería bonito poder acoger a aquellos niños y jóvenes, matriculados o no, que suelen mirar desconsolados desde la verja, o incluso entrar de polizones por un agujero abierta en la misma, fuera de la jornada escolar, para jugar, pasear o simplemente estar.

Dando un paso más, debemos afirmar que el proyecto educativo evangelizador no puede quedarse encerrado dentro de los muros del colegio, sino que está llamado a abrirse a la realidad que le rodea: local, nacional e incluso mundial. La experiencia cristiana hace brotar el compromiso por la justicia, que forma parte de la esencia del Evangelio. Jesús de Nazaret, con su vida y palabras, anunció un orden social basado en el amor, única garantía de paz e igualdad. Como afirma el papa Francisco, los colegios están llamados a promocionar *la cultura del encuentro, de la relación, de la proximidad y del diálogo, que nos orienta hacia la solidaridad, elemento fundamental para una renovación de nuestras sociedades*. La solidaridad es *un modo de hacer historia*, es el *ámbito vital* en donde los conflictos, las tensiones, incluso los opuestos alcanzan una armonía que genera vida.

Como afirmamos en el programa Tejiendo Compromiso Social en Red de Escuelas Católicas, nuestras instituciones educativas surgen de la respuesta que los fundadores han dado a la llamada que el Espíritu Santo suscitó en ellos, siempre unida a paliar una determinada necesidad social: la formación integral de la persona y la transformación de la sociedad desde los valores del Evangelio. El compromiso social forma parte de nuestra identidad, y adquiere un rico abanico de formas y contenidos en el carácter propio de cada una de ellas. En nuestros centros se realizan multitud de actividades que ponen su granito de arena en la construcción de una sociedad más justa, más fraterna, promoviendo la cultura del encuentro, la solidaridad, del amor al prójimo y a los desfavorecidos. Desde nuestro ideario cristiano, los valores, principios, opciones y acciones que vertebran los programas de compromiso social, se integran en el proyecto que Dios tiene sobre cada persona y la sociedad. No podemos olvidar que para algunos, el compromiso social partirá desde la fe en Jesucristo, para muchos otros podría ser un espacio donde descubrirla.

Es importante visibilizar, dar a conocer al conjunto de la sociedad la labor diaria de compromiso por la justicia que se realiza en nuestras instituciones y centros. Es una riqueza tan plural y diversa, que además de identificar y reconocer, hemos de celebrar, impulsar, compartir, y contagiar entre los centros; en definitiva, tejer compromiso social desde experiencias que ya estamos viviendo, para demostrar y mostrar la transformación social que todos regalamos al mundo en nuestro día a día, como artesanos de una nueva sociedad.